



Seix Barral Biblioteca Breve

Gabriela Wiener
Sexografías

NOTA DE LA AUTORA A LA PRESENTE EDICIÓN

Han pasado ya siete años desde que apareció por primera vez *Sexografías* y, como es natural, hay fragmentos, párrafos, incluso páginas —hablo en realidad de frases, ideas, discurso— en las que cada vez me cuesta más reconocermé. Es inevitable. El tiempo cambia no solo la percepción que tenemos de nuestro propio trabajo, sino la percepción que tenemos de nosotros mismos. Hay, sin embargo, algo inamovible en el tiempo: las experiencias que produjeron estos textos fueron reales. ¿Qué hubieran despertado esas experiencias en la Gabriela de hoy, siete años más vieja y más madre y más libre? Difícil de decir. En algunos casos no he podido resistirme a incluir notas a pie de página que dan cuenta de detalles que por alguna u otra razón no dije en su momento, o que simplemente añaden un comentario sobre personajes o situaciones que podrían percibirse hoy de una manera distinta a la que se percibían en los primeros años del milenio, que es cuando escribí la mayoría de estas crónicas.

Por lo demás, quiero pensar que el espíritu de *Sexografías* sigue incólume. La curiosidad, gracias a Belcebú, también.

Madrid, 13 de junio de 2015

GURÚ Y FAMILIA

Para la Gatita

Si Badani¹ fuera un electrodoméstico, sería uno que corta, pica y raya a su interlocutor a miles de revoluciones por segundo. Cuando habla —quizá debería decirse, cuando monologa—, se peina hacia afuera el bigote entrecano con finos movimientos del pulgar y el índice. Armar algunas frases con él es imposible. Badani huele tus intenciones, adivina tus preguntas, interpreta tus gestos, sospecha de tus palabras. No es para menos: polígamo, experto en informática, anticatólico incendiario, ilustrado sexual y amante de una libertad entendida como esa capacidad de elegir a qué cadena te atas, Badani es también un adicto a la etimología. Dice que *familia* viene del latín *famulus*, que significa siervo. Él tiene seis.

El hombre conserva una barba de profeta y un fulgor jactancioso en los ojos. Está sentado en un sofá de su tienda de lencería y ropa sexy que administra junto

1 Desde que su vida se hizo pública, Ricardo Badani ha despertado el odio de muchos. No con poca razón se le ha tachado de machista, despectivo, misógino u homofóbico. Entre otras cosas. Su discurso orientalista arcaizante lo hace parecer un desfasado que pregona una vuelta al orden en que el macho es el jefe de la manada y nosotras sus acólitas. En todo este tiempo no ha variado ni matizado mínimamente su discurso. En cambio yo me he radicalizado. En mi feminismo, sobre todo. Y en todo lo que signifique luchar por los derechos y la autonomía de las mujeres. Ni en ese momento, y mucho menos ahora, he dejado de discrepar con él. Pero su historia me sigue fascinando por muchas razones. Que la suya sea una vida «alternativa», es decir, que viva al margen de las convenciones y combata de manera frontal la normativa tradicional, no es la menor de ellas.

con sus esposas en un centro comercial de Miraflores. Ya lleva varios minutos hablándome de corsés y no he dicho una sola palabra. Se toca sutilmente la garganta, la señal para que una de sus esposas le sirva Coca-Cola. Me lo había anunciado, como diciendo: ahora verás mi poder. Ellas siempre están pendientes de sus necesidades como siervas abnegadas, esclavas que aseguran sentirse libres como pájaros. La esclava y el paladín, esa es su definición ideal de pareja. Ellas pasan a ser parte de él y él se juega la vida por ellas. Parece una reciclada pero revolucionaria fórmula para ser feliz.

El combate por la igualdad entre hombres y mujeres le parece el resultado de una estupidez erudita, la verdadera causa de la destrucción de la familia. A los machos y a las hembras los unen sus carencias, por eso la familia es para Badani la obvia integración de complementarios. Puede compararse, dice, a un barco en el que las mujeres son los oficiales y los hijos la tripulación. La tripulación no tiene ni voz ni voto. Los oficiales tienen voz para aconsejar al capitán, y no voto. Pero el capitán Badani es el único responsable del barco, la tripulación, la carga, los pasajeros, el itinerario. El único que tiene voz y voto.

Yo solo espero que me permita recuperar mi voz.

La última vez que lo entrevisté en su tienda me dio la noticia: «Le has caído bien a las chicas. Debe ser porque hiciste toda tu tarea». Antes de buscarlo, había leído su *Aspas de molino*, un libro de cuentos y poemas en el que Badani figura en la carátula vestido de Don Quijote. El gurú estaba al tanto de que visitar su casa, es decir, compartir un día en el hogar de la familia Badani era mi máspreciado objetivo. Para acrecentar mi deseo, Badani había ido dilatando su consentimiento tanto como pudo. Hacía un tiempo se había mudado a las afueras de Lima, don-

de no le alcanzaran los tentáculos de la prensa alimaña. Ya en su nueva casa, él y sus mujeres se habían prometido cerrar el paso a quien pretendiera mirarlos otra vez como a unos animales de zoológico. Nada de periodistas, según Badani, mercaderes de gente. Pero él es como un padre de familia que sabe cuándo debe dejar de mostrarse inflexible para tornarse benevolente, y ante el cual no queda otra que aparecer conmovidamente agradecido. Así, aceptaron recibirme, sin cámara fotográfica, sin grabadora, sin libreta de apuntes. Si hasta entonces había sido la perseguidora y ellos los escurridizos, la historia estaba a punto de cambiar.

Llamé el día acordado a la tienda y me contestó una de sus esposas. Era Mara Abovich, una chilena rubia y alta que se peina acomodando su esponjosa y pesada cabellera a un lado del cuello. Es la encargada de avisarme que Badani me invita a su casa de martes a jueves. La oferta consiste en pasar dos noches con el gurú del sexo y sus seis esposas en un lugar no precisado de Lima. Mara me pregunta si no era eso lo que quería. Y sí, lo era, aunque el asunto ahora sobrepasara mis expectativas. Recomienda que lleve mi cepillo de dientes y, si puedo, unos *marshmallows* blancos para dorarlos en la chimenea. El camino al camino es el camino, dice el Tao.

Esa noche, para no desentonar, llego en falda a su tienda. «Badani, instrumentos de seducción», se lee en las etiquetas de su ropa. Badani me había dicho que sus mujeres no llevaban pantalones. También que iban totalmente depiladas, pero a tanto no llegué. Mara, su sexta esposa, cargaba varias bolsas del supermercado con las salchichas italianas y otros pedidos expresos de Badani.

—Me vas a disculpar, pero Ricardo me pidió que lo hiciera.

Iba a medir mi aura de honestidad con un detector de cámaras comprado en RadioShack, uno de esos lugares donde Badani suele adquirir chucherías tecnológicas. Mara Irma Abovich se parece a su cuerpo: es una mujer de carácter, vigorosa, que infunde respeto de inmediato. Hay en ella un modo de alternar la severidad y el buen humor que hace que no pueda dejar de mirarla cuando habla. Tal vez sea la única de las seis mujeres que parece no haber sido domada del todo. Es la sexta. Da la impresión de que la insurrecta que lleva dentro no estuviera muerta sino dormida, como si ella misma hubiera preferido que estuviera siempre así, aunque de vez en cuando pueda salir con una ironía que Badani finge ignorar. La sexta esposa me cuenta que pertenece a una familia adinerada de Chile. Su historia es ejemplar para entender a las señoras Badani. Dice haber sido una exitosa empresaria del sector de la decoración de interiores, una de esas mujeres autosuficientes que, luego me enteraría, son un tanto mal vistas en la familia Badani. Se compró un lujoso apartamento y viajó por todo el mundo, pero un día sintió que nada tenía sentido. Hasta que vio a Badani en una conferencia hablando sobre tantra.

—¿Tu novio no se preocupó cuando le dijiste que te ibas a quedar en casa de Badani? —me pregunta de repente.

—Para serte sincera, no le hizo mucha gracia.

—Tiene razón —dice, para mi más absoluta sorpresa.

La primera vez que fue a ver a los Badani, Mara Abovich recuerda haber pensado que eran unos locos que tenían una vida interesante, pero para nada podía imaginarse como una de ellos.

—Y ya ves, fui la sexta. Uno no puede resistirse a esta vida. Tal vez tú seas la séptima.

Siento un escalofrío cómico. Puuyarii de Shrii Saarasvatii, la Diosa de la Sabiduría, rige la vida de Mara. Según su religión, su día libre es el sábado. Cada mujer de Badani tiene un día libre a la semana, un día en que puede sentirse a sus anchas, en que está eximida del trabajo doméstico y recibe la bendición de dormir con el esposo en su *king-size*. Hoy es el día de Gaby, mi tocaya.

Genealogías: Badani es el apellido materno de Ricardo Ruiloba. Se lo cambiaron, me cuenta, en medio de una de esas guerras familiares. Su padre era Luis María Ruiloba, un abogado que se separó de Teresa Badani cuando el futuro gurú del sexo tenía apenas tres años; esto debió de haber desatado los odios del abuelo materno. Ruiloba es un apellido asturiano que significa «señor de los lobos». Es también el título de la novela inédita que Badani dedica a su padre y en la que explica la tesis de los clanes como base de la sociedad ideal.

Hoy, que es un cincuentón, las menciones a su familia lo ponen tan a la defensiva como a un niño al que han dejado solo. Pero Badani se emociona cuando recuerda al abogado Luis María Ruiloba.

Más que traumatizarlo, la experiencia del padre ausente parece a fin de cuentas haberlo enriquecido. En cambio, cuando le menciono a Bernardo, su hermano tres años mayor, cambia de cara. Dice que su historia con él nunca fue muy cercana, pero que a pesar de ello no imaginó jamás que sería capaz de darle la espalda en el episodio de su retorno al Perú. Jamás.

En toda familia hay líos de hermanos. No se puede saber si Badani bromea cuando dice que el suyo es un vendedor de papas glorificado. Pero ya no está dispuesto a seguir con el tema. Ha pasado demasiado tiempo desde la época en que ambos, recuerda el gurú, montaban en

bicicleta entre las parras bañadas de luz en la hacienda de los Venturo. Allí trabajaba el abuelo Badani, que hizo las veces de padre para los hermanos Ruiloba. Era un típico hogar católico de clase media tradicional.

Alguien me dijo que el escritor y viajero Rafo León había sido compañero del gurú y fui a buscarlo para preguntarle por esos días en que compartieron aula en el colegio Champagnat de Miraflores. Se acordaba perfectamente de los Ruiloba Badani: «Dos hermanos igualitos, pálidos, medio mortecinos pero muy pedantes y sobre todo absolutamente *gansos*». Durante toda su vida escolar los hermanos se llevaron todos los premios escolares. En el caso de Ricardo Badani, hay que decirlo, obtuvo las once primeras medallas de oro de los once años que duró su etapa colegial. Todos los diplomas de ciencias, letras y conducta. León dice que la madre y la tía de los Ruiloba Badani eran muy amigas de los curas maristas. Podían interrumpir la clase a media mañana solo para llevarles a los chicos una bandeja con jugo de papaya y pan.

Para León eran unos genios, pero del tipo que solo tiene cerebro, no cuerpo ni emociones. Les auguraba un futuro como curas o, en el mejor de los casos, homosexuales. Hace unos años, se sorprendió al ver al menor de ellos aparecer con seis mujeres y como todo un experto en sexualidad. León solo puede pensar en un ajuste de cuentas. Otro compañero de salón, Manuel San Román, también pensaba que ese adolescente tan apegado a las buenas costumbres iba a ser cura. Él tiene su propia tesis sobre el gurú:

—Vivir con una mujer es difícil, con dos es peor, imagínate con seis. El tipo es un genio.

Badani me advierte que he sido admitida en su casa porque se me ha concedido el beneficio de la duda. Me

dice que en cuanto se publique esta historia seré una certeza. Se abre la puerta de la casa de los Badani y aparece este hombre en pantuflas, seguido de los fidelísimos Taffy, Lucky y Cindy, los ruidosos perros de la familia, que durante años han sido los perfectos hijos sustitutos. Más allá veo por primera vez a las seis esposas juntas.

En orden de llegada a su vida: 1. Elsa; 2. Gaby; 3. Lola; 4. Mercedes; 5. Beatriz; 6. Mara. Una en seis, como las llama Badani. Les echo un vistazo: todas tienen más de treinta años y llevan ropa de colores estridentes, pero distinguida a su manera. Siento que asumen muy bien mi invasión a su casa y a sus vidas. De hecho, si algo han aprendido durante el tiempo de su convivencia es tolerancia hacia otras mujeres.

Una de las preguntas que Badani y sus esposas repetirán varias veces durante mi visita es si había imaginado así su casa. La verdad es que no. Algunas veces la había imaginado como un palacete a lo Taj Mahal y otras como una choza para místicos. Pero nada. El viento mece un bucólico sofá-columpio en el jardín de la entrada. Badani me lleva a su rincón favorito, un acogedor bar donde guarda una respetable reserva de vinos. En la época en que tenía un programa de televisión aprendió a preparar cócteles. Ahora es una especie de químico loco metido detrás de la barra. Inventa nuevas bebidas. Es tan obseso que se toma el trabajo de cronometrar cuántos minutos tarda en entrar en la sangre cada uno de los licores mezclados en un trago de su autoría, bautizado en honor a sus efectos como «Amnesia».

Badani me prepara un cóctel para hacer más entretenido un *tour* de bienvenida por esta casa que dice haber comprado a precio de ganga con parte del dinero de la venta de su rancho de Santiago de Chile, aunque

también admite que le ha costado una fortuna reconstruirla. Lo cuenta con el mismo orgullo con que suele hablar de su potencia sexual o de su coeficiente intelectual. Nada de alfombras persas ni de velos ni de alabastros ni de estatuas doradas. La sala es austeramente campestre. A un lado, la sala de cómputos. Arriba está la biblioteca, con una estupenda colección de literatura erótica y una edición ilustrada del *Kamasutra*. Una colección de videos eróticos (algunos clásicos, como *Historia de O*). Todo un festín para los amantes del erotismo con el que, a sugerencia de Badani, pienso divertirme antes de ir a dormir. Rodeando la biblioteca están las habitaciones. Al lado derecho de la escalera, las dos alcobas compartidas por las mujeres, con tres camas individuales en cada una. Se diría que son de una decoración minimalista, como de convento de clausura, sin un guiño de personalidad, nada de detalles femeninos, ningún adorno atribuible a alguna de las seis, salvo algún peluche sobre la almohada. Al lado izquierdo, la habitación del marido: un armario empotrado, una enorme cama y un cartelito de «no molestar» en la puerta.

El menú de la cena está a punto de decidirse. Esta noche me toca dormir en la cama de Gaby, mi tocaya, que hoy duerme con Badani. Compartiré el cuarto con Mara y Beatriz. Pero volviendo al menú, podemos escoger entre la sopa «Badani» (fideos, chorizos, aceitunas, jamón, pollo, queso, res) o las salchichas doradas al fuego de la chimenea. No sé qué elegir. Beatriz, por su parte, pide ser mimada con una pizza. Así se deciden las cosas en esta casa. Mientras cinco de ellas trabajan en la cocina, Badani me lleva hasta el rústico sofá de la sala. La Gatita, como llama a Mercedes, bailará la danza del vientre para mí. Me acomodo en primera fila. En tanto la Gatita, vestida con un dorado traje de danza del vientre incrustado de

pedrería zarandea como una posesa la cintura y los pechos perlados de sudor a la altura de mis ojos, Badani resta un poco de importancia al asunto explicándome, como todo un académico del ombligo, cada fase del baile: la mirada, el llamado, el ofrecimiento, la entrega. Al final del baile, Badani mete una de sus manos en el calzón de la Gatita y lo extrae húmedo y reluciente con gesto ginecológico.

—Si la mujer no se moja después de este baile —me explica—, entonces no lo ha bailado bien. Mercedes lo ha bailado perfectamente.

Mañana la Gatita me dará una clase de danza del vientre. Hay expectativas. Pero es hora de comer pizza. Tema de la noche: en esta familia durante la cena se conversa sobre la eyaculación femenina. Sugieren que pueden ayudarme a conseguirla con una técnica infalible. Me dicen que tienen un espéculo de ginecólogo en casa y que soy libre de usarlo cuando guste (solo para hombres: un espéculo es un artefacto para examinar la cavidad vaginal) para ver el momento exacto en que se produce el orgasmo dentro de mí. Todo es natural, armonioso. Todo es un descubrimiento. Todo es tan perfectamente a lo Badani que les pregunto si esto no es una sesión de cámara escondida.

Badani se jacta de su inteligencia. Da números. Su primera medición de IQ dio 154. La segunda, 198. Dice que un día puso un anuncio en el periódico: «Alquilo cerebro, joven bilingüe y en bastante buen estado de funcionamiento». Así recuerda haber conseguido su primer trabajo en una petrolera como asistente de servicios administrativos. A los tres meses, dice, tenía el puesto de su jefe. Badani recuerda que supo entonces que la libertad es un estado de conciencia, que podía llegar muy lejos siendo solo él mismo. Asegura que se hizo un hombre libre cuando descubrió por qué quería ser el mejor de la clase,

por qué quería una carrera, por qué quería estabilidad económica. Y la única respuesta fue: quiero una familia.

Le iría muy bien con las computadoras. Su microempresa de *software* para PC MiniComp fue una de las primeras en el Perú. A inicios de la década de 1990, Badani viajó a Chile en busca de nuevos horizontes. Cuenta que fue asesor informático de compañías como la Apple del país del sur. Sospecho que el tema económico no se discute en esta familia. El esposo ve cómo se las ingenia para producir y las mujeres solo colaboran. Hoy Badani ofrece servicios de *software* desde su empresa independiente Gurú & Familia. En el año 2001 él y sus esposas emprendieron el negocio de la tienda de ropa erótica. El diseño, la confección y la venta son responsabilidad de toda la familia. De la tienda y algunas conferencias —como la que dio Badani el otro día en la Sociedad de Mujeres Judías— vive este matrimonio heptagonal. A los que piensan que Badani tiene que ser millonario para vivir con seis esposas, él les responde que «más caros son esos parásitos modernos denominados mujeres independientes». No me doy por aludida.

Dice Badani que nació en el clan de los «catolocos». Léase católico-loco. Me explica que era demasiado inteligente para seguir prendiéndole cirios a la transnacional más grande del mundo, que pide limosnas a los pobres mientras bebe en cálices de oro. «Solo cuando San Cipriano [el cardenal de Lima, monseñor Cipriani] sea carpintero en el distrito de Comas, creeré en él». Ya no es el mismo Badani que hace años promovía las misas juveniles con guitarra eléctrica en la Comisión Episcopal. Una de sus esposas me muestra un disco de vinilo de rock católico que grabó Badani por aquella época. El romance entre él y la Iglesia católica se acabó como se acaban esas cosas: un sacerdote quiso que viera negra una vaca blanca y punto final.

Badani buscaba algo. Por eso se fue a estudiar la Biblia con los mormones, a escribir historias con los Testigos de Jehová, a predicar con los evangélicos. Probó con el esoterismo, aprendió a leer el Tarot y terminó seducido por el Tao y el yoga. En eso estaba, cuando un amigo suyo le comentó que venía de la India un fulano medio gurú. Badani recuerda que encontró a un greñudo que masticaba un inglés elemental y que no le inspiraba ningún respeto. De la nada el hindú ese empezó a hablarle de física nuclear. Le dijo que era un ser habitado de sistemas solares, lo conmovió, y lo invitó a adorar a Dios con todo el cuerpo y la mente. Un año después se encontraron en la misma calle del centro de Lima y Badani recibió la iniciación. Lo que nunca sospechó, recuerda, fue que su maestro iba a elegirlo como sucesor. A Badani sus esposas le llaman «*gurunyi*». Léase mi gurú. Dice tener uno de los rangos más altos de una religión con cinco mil años de antigüedad. El tantrismo adora a Dios en su doble dimensión: masculina (Shiva) y femenina (Shaktii). Pero el tantrismo de los Badani no tiene nada que ver con la publicitada técnica sexual tántrica de la Nueva Era. Va más allá: busca la realización del ser humano aceptando la sexualidad como parte esencial de la vida. Pueden tener hasta seis mujeres, una para cada día. Se dice que Shiva tiene un solo aspecto: el pene erecto. En cambio, Shaktii, la esposa, tiene seis aspectos. El lunes corresponde al señor Shiva y se adora al aspecto masculino de Dios, es decir, a Badani. El martes se adora a Gaby, el miércoles a Elsa, el jueves a Beatriz, el viernes a Mercedes, el sábado a Mara y el domingo a Lola. Badani ha hecho realidad sus sueños. Según él, prefirió ser un loco como Don Quijote a morir de empacho en una cama a lo Sancho Panza.

No es tan simple identificar a este hombre que ahora hace el amor a seis mujeres a la vez con aquel discreto

joven que confesaba haber tenido su primera enamorada a los diecinueve años. La primera vez de Badani fue en un burdel. Antes de casarse había tenido algunas novias pero ninguna memorable. Ya en la época en que impartía las enseñanzas del tantra, llegó Elsa Linares, loretana, secretaria ejecutiva y estupenda cocinera. Se enamoraron pero, antes de sellar el compromiso, Badani se sinceró. Ahora recuerda que le dijo:

—Mi gurú me ha advertido que la mujer que se case conmigo no será la única.

Le recomendó tomarse un tiempo, y Elsa Linares le contestó que no necesitaba pensarlo. Cuenta que fue ella misma la que sugirió años después que se fijara en Gabriela Amor Zevallos (sí, es mi tocaya y su segundo nombre es Amor), quien había llegado a casa de los Badani solo para aprender informática. Un día estaban descansando en la cama cuando Elsa lo sorprendió preguntándole si Gabriela Amor le parecía una digna candidata para segunda esposa. Cuando ya tenía dos en su haber, Badani conoció a Aurora Revollé, Ñola, en el restaurante de un amigo. Tercera. Mercedes Morales llegó después para escuchar sus charlas y se quedó para siempre. Cuarta. Y Badani se fue a Chile con un cuarteto de esposas. Beatriz González llegaría a él después de escucharlo hablar en la radio sobre La Gran Explosión. Quinta. Y la última, Mara Abovich, también sería atraída por la curiosidad y atrapada por el amor. Sexta. Así celebraron la Ceremonia de Unión Eterna, para compartir todas las vidas futuras y sin celos. «Siete sin celos es como el cielo», dice el lema de su página web.

Para Badani es un hecho que una familia poligínica (un hombre y varias mujeres) es más sólida y estable que una familia monogámica. Acaba de cumplir once años de casado con la última y ya va por los veintitrés con la pri-

mera. Badani es la prueba viviente de que su experimento funciona. Ventajas de ser un Badani: si la mujer no quiere acostarse con su esposo, poco importa porque está la otra. Fin al chantaje sexual. En este tipo de familias existe la figura de la mujer que ayuda al esposo a entender a otra mujer que no es ella. Si alguna tiene un bebé, la otra puede sustituirla en sus labores de madre para que la primera no descuide sus responsabilidades de esposa. Y si el esposo fallece, ya tienen cómo salir adelante todas juntas.

Una ventaja más de la poliginia: la casa se limpia más rápido.

Las señoras de Badani han hecho pública su firme voluntad de abrazar en pleno siglo XXI las cadenas del amor y así son una patada en el hígado para cualquier feminista secuaz de Simone de Beauvoir. Las han tratado como borregas de un depravado pastor, pero al conocerlas a muchos les sorprende encontrarlas simpáticas e inteligentes. Mujeres tan seguras de lo que quieren y, más allá de que haya sido o no una función teatral montada para mí (ninguna familia es tan perfecta), no sentí en absoluto que estuvieran haciendo algo en contra de su voluntad. ¿Tendrá que ver con el hecho de que su marido sea su gurú? Para las Badani ha sido una cuestión de elección. Tuvieron la oportunidad de ser mujeres emancipadas a la manera de las demás, pero escogieron esta singular manera de ser libres.

Las seis esposas se acaban de levantar a las cinco de la mañana y yo con ellas. Me pregunto si todos los días tendrán esa convicción de madrugadoras. Beatriz y yo lavamos los platos de la pizza de anoche. Dice que la diosa de la prosperidad y la devoción rige su vida. La chilena es menuda y de apariencia frágil. Como sé que le gusta leer novelas eróticas, le cuento que anoche avancé en

la lectura de *Viaje al deseo* y ella me cuenta que escribe ahora mismo una novela. El desayuno está listo. Jugo de naranja, ensalada de melón, mermelada de mora, café y lo que quedó de la pizza. Badani me engríe con un enrollado de queso con salami solo para mí. Es hora del *gayatri*, un mantra que canta toda la familia. Cuando terminamos de desayunar, me invitan a pasar al mandir, la capilla del culto. Todas se colocan velos en la cabeza y a mí también me dan uno. Badani me pide que escoja una dirección. Elijo mirar hacia el norte, que, dice él, quiere decir paz en mi corazón. Cierro los ojos. Las seis me rodean en lo que llaman «círculo de *biyas*». Yo estoy en el centro. Los mantras que cantan las mujeres son hermosos, sobre la voz melodiosa de ellas se escucha la voz grave de Badani, en un coro que me estremece hasta erizar los pelos del cuerpo.

Se acabó la hora del rapto místico y voy a ponerme en forma con Gaby Amor. El gimnasio de la casa tiene el equipamiento necesario para que la familia se entrene cada día. Antes había sido un garaje. Badani se burla de mi ineptitud para el *step*. Gaby Amor debe ser una de las más habilidosas entre las mujeres de la familia: es experta en sistemas informáticos y siempre la veré llevando en brazos a Taffy, un bebé negro, peludo y sin pulgas. Es también la encargada de administrar las cuentas del hogar y la que acompaña a Badani en sus diligencias y viajes. Dicen que es la diosa madre de los guerreros, la que protege a sus hijos. Qué raro: juraría que Gaby Amor tiene la cara exacta de una diosa hindú. Subo las escaleras empapada de sudor para darme un baño y me asomo al cuarto del gurú, quien también parece ser un experto en acupuntura. En la cama está tendida Lola, con varias agujas clavadas en la espalda y en los pies. Lola, arquitecta de profesión, tal vez sea la más seca y seria de las seis esposas. Su diosa

es la madre protectora. Badani me enseña sus cámaras de video en miniatura y no puedo sino preguntarme si no habrá alguna por allí. En la ducha, ensayo mi mejor sonrisa, por si acaso.

Badani es un anfitrión espléndido y atento hasta la exageración. A mí también me mimó con chocolates y me dice que puedo hacer lo que quiera, por lo que me hago a la idea de que en este régimen de convenida esclavitud hoy es mi día libre. Si ellas son serviciales, él es un consentidor. Eso puede ser algo perturbador para alguien que proviene de una familia matriarcal como yo. Me siento estúpidamente cómoda en un lugar donde a las mujeres nos pagan con halagos. Pero ahora me toca clase de baile. Mercedes es la guapa, la artista de la familia, la que da masajes, la que corta el pelo, la diosa de la misericordia. Dice que su mayor bendición es la entrega a su esposo. Además le encantan los juegos de roles, escribir y leer en inglés y en francés. De lejos, es la niña mimada de la casa. Basta ver la sala de baile rodeada de espejos que Badani mandó a construir para ella, con suelo de parquet. Ahora nos hemos atado pañuelos en la cadera y anudado nuestros polos bajo los pechos dejando el vientre al descubierto. Soy la esposa de Ali Babá. Mercedes me enseña a mirarme al espejo, a enfrentar mi lado sexy, a insinuarme, a seducir con la mirada, a mostrar el ombligo con un movimiento de cadera al ritmo de «Las chicas de Alejandría», una típica canción árabe. Badani entra y, sin mi consentimiento, me toma una foto en pleno trance de caderas. La Gatita ha tenido la gentileza de decirme que tengo condiciones innatas para la danza del vientre. Me la creo.

Al terminar esta noche las veo y quiero ser como ellas. Quiero ser mantenida y adorada con caramelos en forma de corazón y rosas de chocolate. Quiero que mi trabajo sea

un *hobby*, estar todo el día en mi casa y que mi casa sea un lugar de juegos amorosos donde viven mis mejores amigas. Quiero hacer el amor delante de todas. Quiero bordar calzones y sostenes. Quiero hacer el más memorable almuerzo para mi hombre. Quiero usar ropa de fantasía árabe. Quiero amar el presente. Quiero un dios.

Una historia para no olvidar. Los Badani vivían apartados de todo en una granja de Los Maquis, un pueblo a dos horas al sur de Santiago. Tenían leguminosas y corderos. Gaby Amor me cuenta que hasta allá fueron a hacerles la guerra, a recordarles que la persecución religiosa todavía existe y en su versión más lumpen. Dice que fueron cerca de una veintena de policías armados, de la brigada de Delitos Sexuales. Hubo también cámaras de televisión. Allanaron la granja. En simultáneo, la policía registraba en Santiago la casa de otro miembro de la misma religión. De ambos lugares, fueron llevados a los calabozos de Investigaciones de Santiago. Gaby Amor recuerda que tuvieron que hacer una huelga de hambre para que el entonces cónsul del Perú acudiera en su ayuda. Los acusaron de ser una secta sadomasoquista y de retener a las mujeres contra su voluntad. Dice que los golpearon, que a algunos los torturaron, y que a ellas las obligaron a desnudarse. Al final tuvieron que liberarlas por falta de méritos, es decir, porque no existía delito. No los querían más allí y los deportaron de Chile por los mismos cargos por los que habían sido absueltos. Los Badani persisten en apelar en un juicio que ha llegado hasta la OEA. Gaby Amor me lo cuenta. Sus ojos de diosa hindú se incendian.

Noticias de la prensa amarilla en tiempos de Fujimori: un tal Ricardo Badani, un peruano que tiene un harén de seis esposas, el gurú del sexo, está preso en Chile acusado de sadomasoquista y de atentar contra las buenas costum-

bres. Eso vende. Apenas descendieron los siete del avión en Lima fueron acosados por la prensa. Era previsible, la carroña del día, lo normal. No habían pedido popularidad; se la habían impuesto. Pero a esas alturas no quedaba otra que aprovecharse de ella. En la producción del programa de televisión intervenía toda la familia. Sentada en el sofá más cómodo de su biblioteca, repaso en vhs una antología de las escenas estelares del programa. Aún me parece increíble que hayan podido difundirse en la pacata televisión nacional. Nunca el sexo fue tratado con semejante audacia clínica.

Badani solía ser tan solemne que podía causar hasta risa. Visiones de los anales de la televisión: Escena 1. Cumpleaños de Badani. Sus esposas le regalan el espectáculo de una *stripper* que sale de un inmenso ponqué de cumpleaños y se desnuda en vivo y en directo. Detrás de ellos, reconocidos invitados, muy elegantes, aplauden, *clap-clap-clap*. Escena 2: Natalia Torres Vilar, una sobria actriz de teatro, comparte sus experiencias con el sexo anal. Escena 3: Homenaje al cunnilingus: Badani exhibe un video casero y sin tapujos de una pareja que con antifaces ejerce el sexo oral. Se ve todo, primer plano buco-genital. Badani aparece señalando con un apuntador de luz y en un lenguaje técnico describe las partes sensibles de los genitales de una mujer. Era un programa diario, se emitía a medianoche. Fue cancelado en un mes.

Discusión de la tarde en la residencia Badani: elegir el lugar donde colgarán la jocosa medalla olímpica que las esposas le regalaron en su último aniversario colectivo. En una cara se lee: medalla de oro al mejor esposo del mundo. Y a la vuelta: mérito en el deporte amoroso. Cada una de las esposas duerme con Badani en su respectivo día libre, pero todas saben que no hay organización posible

para el amor. Él puede hacerlo con una o con las seis. El poema escrito por Badani y titulado «Ellas seis» evoca la plenitud del amor entre siete: «Sus senos me rodean / sus senos erguidos / de curva excitante / con pezones duros / que mis labios abren / ponen en mis manos / corazón y sangre / que late en las seis. / Sus vulvas me rodean / sus vulvas bañadas / de aroma fragante». A veces Badani está en la cama haciendo el amor con dos de ellas y entra una tercera con galletitas y algo de beber para los fatigados amantes. Si alguien llama, una cuarta puede contestar al teléfono y disculpar al esposo que está muy ocupado. Son los siete mosqueteros: uno para todas y todas para uno, o todas para todas.

Una vez alguien escribió a una revista, y propuso a Badani como ministro de Salud por su gran sentido de la planificación familiar. Honor al mérito de su control de la natalidad. Badani admite que fue una advertencia de su gurú. Si quería divulgar su credo, no era recomendable tener hijos. Sin contar todo el dinero que podría gastar en juicios, Badani corría el riesgo de que se los quitaran, como le sucedió a un mormón en Estados Unidos. La Gatita me dice que ella y las demás viven la decisión de no tener hijos «con honor». Para los Badani, el Universo brota del juego amoroso, pero la esencia de su religión no son los hijos sino la unión del hombre y la mujer, a imitación de la unión divina. Hacer el amor como locos es su forma de alabar a Dios. Aleluya.

Lo del bautizo de «gurú sexual» fue cortesía de la prensa. Badani admite encajar en el término: «Soy el que te lleva de *gu* (oscuridad) a *ru* (luz), el que te saca de la ignorancia». Dice que el tantra es un edificio de cuatro pisos y el primer piso es nuestro cuerpo. Se empieza por dominar lo sexual para alcanzar las demás esferas. De ahí

